

Segregación urbana y espacio público: los jóvenes en enclaves de pobreza estructural

Gonzalo A. Saraví

Este artículo explora algunas de las transformaciones que experimentan los enclaves de pobreza estructural en Argentina. Frente a los numerosos estudios sobre el empobrecimiento de las clases medias, este trabajo enfoca la creciente acumulación y concentración territorial de desventajas sociales que han iniciado un proceso de segregación urbana y amenaza a estos enclaves con la exclusión. El control del espacio público en estas áreas de pobreza estructural emerge como un factor determinante de múltiples desventajas para la comunidad: aislamiento social, fragmentación interna y empobrecimiento de la cartera de activos de los hogares. A partir de un análisis etnográfico de la forma en que los jóvenes se apropian del espacio público e imponen una "cultura de la calle" con normas y prácticas propias, se explora el dinámico entramado de desventajas que actúa como motor de la exclusión para estos enclaves y sus habitantes.

Gonzalo A. Saraví
Profesor Investigador
del Centro de Investigaciones
y Estudios Superiores
en Antropología Social (CIESAS)
✉ gsaravi@juarez.ciesas.edu.mx

I

Introducción

Las elaboraciones teóricas y metodológicas de Amartya Sen acerca de la pobreza representaron un claro punto de inflexión tanto en las perspectivas de análisis como en la política pública (Sen, 1981, 1983 y 1995). Al situar el problema de la pobreza no simplemente en la carencia de recursos sino en las capacidades de los hogares y sus miembros, se gestaron nuevos enfoques (de análisis y acción) centrados en las desventajas que afectan a determinados sectores y que generan y reproducen situaciones de pobreza. Esta nueva perspectiva de análisis significó ubicar el tema de la pobreza en el marco de los debates teóricos sobre la igualdad y los derechos de ciudadanía en las sociedades contemporáneas. Al mismo tiempo, se comenzó a explorar (y revalorizar) diversas dimensiones socioeconómicas de nivel micro, meso y macro que limitan las capacidades de los hogares para alcanzar una plena integración social. Como resultado, el análisis de la pobreza alcanzó un nivel de complejidad mayor.

El presente artículo se inspira en esa perspectiva de análisis, al retomar dos de sus supuestos fundamentales. Por un lado, se pretende superar una visión estática, taxativa y dicotómica (pobre / no pobre) de la pobreza, para asumir una más dinámica y procesal que hace hincapié en la acumulación de ventajas y/o desventajas. Este enfoque analítico se ha desarrollado y consolidado a través de la literatura contemporánea sobre vulnerabilidad y exclusión social, donde los procesos de desafiliación son concebidos como resultado de una creciente concentración y acumulación de desventajas en sectores particulares de la sociedad.¹ Por otro lado, y en relación directa con el supuesto anterior, se asume la necesidad de explorar dimensiones socioculturales asociadas a situaciones de pobreza en que pueden hallarse entramados de desventajas que se retroalimentan mutuamente. El mercado de trabajo, pero también el hogar de origen, el barrio y la comunidad local, entre otros, constituyen ámbitos en que se generan algunas de estas ventajas y/o desventajas. Los múltiples factores y procesos que pueden desencadenar las desventajas surgidas en los espacios antes

mencionados emergen como tema central tanto para el estudio y atención de grupos vulnerables, como para incrementar nuestra capacidad de anticipar procesos de exclusión social.

Aquí se intenta explorar tan sólo uno de los ámbitos en los cuales pueden generarse ventajas o desventajas: el barrio y la comunidad local. En particular, se trata de analizar un factor específico asociado al barrio y la vida comunitaria, como es el rol del espacio público como potenciador de procesos de acumulación de ventajas o desventajas en comunidades urbanas pobres. El disparador de este artículo es el interés por indagar cómo se experimenta o se vive el espacio público barrial, y cómo afecta a sus habitantes individualmente y a la comunidad en su conjunto.

Las reflexiones de este artículo se basan en el estudio de las culturas juveniles dominantes (o "cultura de la calle") en barrios con alta concentración de pobreza en dos localidades del Gran Buenos Aires: Lanús y Florencio Varela.² En este sentido no se abordarán aspectos vinculados con las condiciones ecológicas y económicas de los barrios pobres, sino que la atención recaerá sobre las características de las relaciones y valores predominantes en el espacio público dominado por los jóvenes. En particular, se analiza la generación de diferenciaciones estigmatizantes del tipo "nosotros y ellos" vinculadas al espacio público barrial. Estas diferenciaciones ocurren a distintos niveles de análisis (micro, meso y macro) y van depositándose sobre el individuo como capas sucesivas que actúan como fuentes de ventajas o desventajas en sus vidas cotidianas.

El artículo consta de cinco secciones. En la que sigue (sección II) se reflexiona en torno a la conceptualización del barrio como el espacio público más inmediato, a mitad de camino entre el mundo de lo público y lo privado, y al mismo tiempo, como una

¹ Véase Paugam (1995), Room (1995), Castel (1999) y Bhalla y Lapeyre (1999).

² La información en que se basa este artículo fue obtenida a partir del trabajo en terreno realizado en la segunda mitad del año 2000, que abarcó 60 entrevistas con jóvenes habitantes de barrios de los partidos de Lanús y Florencio Varela, pertenecientes al Gran Buenos Aires. De esas entrevistas están tomadas las citas que aparecen en cuerpo menor en las secciones III y IV. Tanto el nombre de los entrevistados como el de los barrios han sido cambiados para preservar su anonimato.

fuelle posible de ventajas y/o desventajas para la comunidad y sus habitantes. La sección III examina la asociación de aspectos socioculturales con la dimensión espacial, poniendo de relieve cómo el lugar de residencia comienza a actuar como una fuente de desventaja y exclusión. En la sección IV se explora la conformación de una cultura juvenil dominante (o cultura de la calle) en barrios con alta concentración de pobreza, así como sus efectos sobre la comunidad

y en particular sobre los jóvenes. Finalmente, la sección V retoma los argumentos analizados para plantear que en la Argentina contemporánea los barrios pobres comienzan a sufrir una nueva desventaja asociada con las normas, valores y prácticas que dominan el espacio público local. Este nuevo aspecto se define como una dimensión cultural de la segregación urbana que actúa a un mismo tiempo como efecto y causa de la exclusión.

II

Segregación urbana y espacio público en enclaves de pobreza

Las diversas definiciones de comunidad local o barrio presentan problemas prácticos e instrumentales comunes, difíciles de resolver. Estos problemas se refieren a las posibilidades de establecer límites o fronteras que permitan su identificación como unidad de análisis. Partiendo de una perspectiva sistémica de la comunidad local, en este artículo se reconoce y asume que los límites sociales y ecológicos de un barrio pueden ser flexibles y difusos. El énfasis se ha puesto en las relaciones sociales formales e informales entre vecinos. Esto no significa abandonar la posibilidad de tomar al barrio como unidad de análisis, sino centrar el análisis en las relaciones sociales que tienen por sustento una común referencia geográfica. Tales relaciones, como señalaron Kasarda y Janowitz (1974), constituyen el 'tejido social de las comunidades humanas, sean éstas barrios, comunidades locales, o áreas metropolitanas'.³ El contenido, fluidez y alcance de estas relaciones se revelan en el proceso mismo de investigación, por lo cual no pueden ser predefinidas. El barrio constituye entonces una unidad de análisis flexible, cuya delimitación inicial puede (o no) modificarse en el transcurso de la investigación.

El barrio como espacio de relación e interacción social se asocia a la noción de espacio público local. Entendido de esta manera, constituye el espacio público más inmediato; el primer encuentro público al abrirse la puerta de lo privado.⁴ El espacio público repre-

senta el *locus* donde tienen lugar los encuentros, interacciones y relaciones sociales locales; sin embargo, los atributos que asumen estas prácticas sociales están definidos por las características de la vida pública local y dependen de ellas. Por un lado, la esquina, la placita, el parque, el quiosco o la tiendita, la puerta de la escuela o el club, son espacios públicos donde el barrio se manifiesta. Por otro lado, el clima —de seguridad o inseguridad, violencia o amistad, reconocimiento mutuo o indiferencia— que predomine moldeará las características de las interacciones y relaciones que se construyen en los espacios públicos locales. En este sentido, como señalé más arriba, no puede asignarse *a priori* un contenido preciso a las prácticas sociales que constituyen la esencia del barrio, como lo han hecho algunas conceptualizaciones al enfatizar y priorizar las redes sociales basadas en la amistad y/o el parentesco. Coincidimos con Sampson (2001, p. 102) en que 'para bien o para mal, en muchos barrios los vecinos son conocidos o extraños antes que amigos', e incluso cabe agregar que estas relaciones no necesariamente están exentas de conflictos o dominadas por valores y normas contrastantes.

Sin embargo, ya sea que estas relaciones se basen en la cooperación o en el conflicto y las interacciones se sustenten en la amistad o en la indiferencia

³ En este artículo, las citas entre comillas simples corresponden a traducciones del inglés proporcionadas por el autor.

⁴ Retomando la distinción que plantea Rabotnikof (2003) entre los diversos sentidos en que se ha planteado la diferenciación público-

privada, en este artículo esta dicotomía se equipara al contraste entre apertura y clausura. '...Lo público designa lo que es accesible o abierto a todos, en oposición a lo privado, entendido como aquello que se sustrae a la disposición de otros' (Rabotnikof, 2003, p. 20). Uno de los ejes analíticos de este artículo reside precisamente en los procesos de apropiación (y abandono) de estos espacios abiertos.

recíproca, el barrio constituye un espacio de prácticas sociales y culturales conocidas y familiares para los sujetos involucrados. Es decir, no se trata de un espacio público cualquiera, sino de un espacio de tránsito que separa (o une) el mundo de lo público y lo privado. Es en este sentido que, como señala Pierre Mayol, el barrio puede considerarse la privatización progresiva del espacio público. Según Mayol (1999, p. 8), 'el barrio es, casi por definición, un dominio del entorno social puesto que es para el usuario una porción conocida del espacio urbano en la que, más o menos, se sabe reconocido. El barrio puede entonces entenderse como esa porción del espacio público en general (anónimo para todo el mundo) donde se insinúa poco a poco un espacio privado particularizado debido a su uso práctico cotidiano'. Como resultado de esta cercanía e inmediatez, el "espacio público barrial" asume una particular relevancia en las experiencias y condiciones de vida de quienes participan en él (i.e., los vecinos), y se le puede atribuir un efecto directo sobre la comunidad local en la medida en que da lugar a diversas prácticas de sociabilidad. De hecho, el espacio público es un ingrediente fundamental para la existencia misma de la comunidad. Sus efectos sobre la comunidad en su conjunto y los vecinos en particular, sin embargo, pueden ser positivos o negativos (en términos de representar una ventaja o una desventaja).

Freie (1998, p. 49) observa que 'es en la arena pública donde una gran diversidad de gente puede encontrarse, donde el hábito de la asociación puede desarrollarse, y donde las raíces de la democracia pueden ser cultivadas'. El espacio público y las prácticas sociales que allí se generan pueden constituir la base para desarrollar acciones colectivas, para el intercambio de bienes, información y otros recursos, para efectuar contactos, para generar, difundir y mantener determinados valores y normas sociales. El barrio puede ser entonces una fuente importante de capital cívico, social y cultural.

Esta definición normativa de lo público, sin embargo, no siempre coincide con la experiencia vivida. En ciertos contextos, el espacio público representa el riesgo de ser sujeto de violencia o crimen, el ámbito de valores y normas alternativos u opuestos a los de la sociedad mayor, o un espacio de aislamiento y segregación. En cualquiera de estos contextos, la vida pública local o las prácticas sociales que constituyen el barrio asumen características particulares. En el primer caso, los vecinos pueden retirarse de la esfera pública local mediante la ampliación de los límites de

la vida privada, con lo cual se aíslan más unos de otros y disminuyen las probabilidades de generar acciones colectivas o redes de ayuda mutua. En el segundo caso, se pueden gestar y promover prácticas sociales que, al sustentarse en valores y normas contrarios, alternativos o rechazados por la sociedad, dificulten la integración social de los vecinos. En el tercer caso, el barrio puede convertirse en una muralla social, al reproducir condiciones de vida, relaciones sociales y experiencias que resultan redundantes y poco enriquecedoras, lo que en condiciones de pobreza adquiere una importancia particular. Estas situaciones, destacadas simplemente como algunos ejemplos entre otros que podrían mencionarse, no son recíprocamente excluyentes, sino que pueden acumularse y reforzarse. La fragmentación interna, el aislamiento con respecto a la sociedad global y el empobrecimiento de la cartera de activos de los hogares, son algunos de los efectos derivados de las características que asuma el espacio público local y que pueden hacer del barrio un pasivo, o para decirlo en términos menos economicistas, una fuente importante de desventajas para sus propios habitantes y para la comunidad en su conjunto.

El entorno socioespacial local emerge de esta manera como un aspecto de particular importancia en el estudio de la pobreza o, más específicamente, de situaciones de vulnerabilidad social que pueden conducir a la exclusión. Al asumir la presidencia de la Asociación Demográfica de los Estados Unidos de América, Douglas Massey visualizó el siglo XXI como una era de extremos, en la cual la pobreza y la riqueza tenderían a una concentración y un aislamiento crecientes (Massey, 1996). Este proceso de dualización —social y espacial a la vez—, que está presente en países desarrollados y en desarrollo, tendría profundas consecuencias sobre la capacidad de las sociedades contemporáneas de asegurar la integración social de sus miembros. Según Massey (1996, p. 407), estas limitaciones estarían potenciadas por factores socioculturales asociados con las nuevas condiciones de segregación de los pobres urbanos: 'En la emergente ecología de la desigualdad, los mundos sociales de los pobres y de los ricos divergirán para dar forma a subculturas distintas y opuestas. Entre quienes se hallan en el extremo inferior de la distribución de ingresos, la concentración espacial de la pobreza creará un entorno duro y destructivo, perpetuando así valores, actitudes y comportamientos que son adaptativos dentro de un nicho geográfico de pobreza intensa, pero que son perjudiciales para la sociedad en general y destructivos para los propios pobres'.

Diversos estudios, particularmente algunos efectuados en Estados Unidos y Europa,⁵ han abordado esta dimensión de análisis. En América Latina, y en Argentina en particular, son pocos los esfuerzos por explorar las nuevas condiciones socioespaciales de la pobreza.

En el transcurso de las últimas tres décadas, y con particular intensidad durante la de 1990, la sociedad argentina sufrió una profunda transformación socioeconómica, cuyos efectos sobre su estructura social apenas comienzan a percibirse. Varios estudios⁶ han explorado, como parte de las consecuencias sociales del nuevo modelo socioeconómico, el proceso de empobrecimiento de amplios sectores de la clase media que ha dado lugar a la emergencia de los llamados “nuevos pobres”. Menos interés, sin embargo, ha recibido el análisis de las nuevas condiciones enfrentadas por los “viejos pobres” o pobres estructurales. Los pocos estudios que se han concentrado en este tema coinciden en alertar sobre la concentración y acumulación de múltiples desventajas como un nuevo atributo de barrios tradicionalmente pobres, lo que puede dar lugar a una “nueva marginación en viejos territorios” (Auyero, 2001). En este sentido, Kaztman (2001) sugiere la emergencia de un creciente proceso de aislamiento social de los pobres urbanos en las grandes ciudades del Cono Sur, que estaría dando lugar a la conformación de guetos urbanos. De modo similar, Prévôt-Schapira (2001) observa para el caso de Argentina un proceso de fragmentación de la ciudad en

múltiples espacios urbanos y sociales, caracterizados no sólo por condiciones de vida contrastantes, sino también por profundas diferencias en las expectativas y oportunidades de movilidad e integración social.

En síntesis, los argumentos presentados hasta aquí destacan la importancia del espacio público barrial en el estudio de procesos de vulnerabilidad social. Siguiendo a Mayol (1999), se considera que el barrio constituye un objeto de consumo que hacen suyo los vecinos (o usuarios) mediante la apropiación del espacio público. Sin embargo, como se mencionó anteriormente, los barrios no están exentos de conflictos y las prácticas sociales que predominan en ellos no son siempre las mismas. En este sentido, el espacio público barrial constituye una caja negra cuya exploración puede iluminar nuevos aspectos asociados con procesos de vulnerabilidad social. Quiénes se apropian del espacio público, cómo lo hacen y cómo se imponen a la comunidad local, qué tipo de sociabilidad se asocia con esta apropiación, cuáles son las consecuencias de este espacio público así conformado sobre las oportunidades de la comunidad y sus vecinos, son preguntas para investigación que emergen de este planteamiento. En las secciones siguientes se abordan estas interrogantes con la intención de deshilvanar, a través de un análisis etnográfico de los jóvenes de barrios pobres, el proceso de consolidación de ciertas prácticas, normas y valores en el espacio público y su efecto sobre la comunidad y sus habitantes.

III

El barrio como construcción simbólica

Lanús y Florencio Varela representan localidades con características ecológicas contrastantes. Si bien ambas pertenecen al Gran Buenos Aires, Lanús forma parte del anillo que limita con la ciudad de Buenos Aires, mientras Varela se halla en el segundo anillo del conurbano, a 25 km al sur de la capital federal. Lanús fue un centro de destino de las olas de migrantes europeos llegados al país a fines del siglo XIX y comienzos del XX, y ha experimentado un temprano y dinámico

desarrollo industrial. El proceso de urbanización en Varela, en cambio, ha sido más reciente, nutriéndose de migrantes internos provenientes de las provincias del norte, de migrantes de países limítrofes y de ex habitantes de “villas miseria” desplazados. Estos pobladores se vieron atraídos por la disponibilidad o el bajo precio de la tierra, pero como nunca se desarrolló un sector industrial local, tendieron a ocuparse en municipios vecinos o en la ciudad capital. Otro rasgo importante de mencionar es que Lanús está altamente urbanizado, tiene uno de los índices de densidad poblacional más altos del Gran Buenos Aires, y presenta una marcada heterogeneidad en su estructura social, con extensas clases medias y sectores obreros,

⁵ Véase Wilson (1987 y 1996), Jencks y Peterson (1991), Massey y Denton (1993) y Musterd y Ostendorf (1998).

⁶ Véase Minujin (1992), Minujin y López (1994), Minujin y Kessler (1995) y Kessler (2000).

pero también con áreas de extrema pobreza. En contraste, Florencio Varela tiene una muy baja densidad de población, áreas donde aún predominan las actividades agropecuarias, y es altamente homogéneo en su composición social, con un absoluto predominio de sectores pobres: es el municipio con el índice de pobreza más alto en el conurbano bonaerense.

Estas características de ambos municipios generan escenarios urbanos socioeconómicos claramente contrastantes, con importantes consecuencias para el proceso de transición a la adultez.⁷

Sin embargo, las disparidades no se limitan a los aspectos económicos y ecológicos. Las diferencias estructurales se reflejan en las distintas percepciones presentes en el imaginario social acerca de ambas áreas. Mientras Lanús tiende a ser caracterizado por el predominio de normas y valores prototípicos de la clase obrera (o trabajadora), a Florencio Varela se le atribuyen rasgos de un típico gueto de pobreza urbana, tales como bajos niveles educativos, venta y consumo de drogas, violencia y delincuencia, muy altos niveles de desempleo e inestabilidad laboral, entre otros. A través de procesos en que intervienen los prejuicios sociales, las experiencias individuales, los medios de comunicación e incluso el tipo de intervención estatal, la imagen pública de ambas localidades ha sido predefinida. A través de la decantación y objetivación de percepciones socialmente construidas, se les asignó a ambos espacios urbanos una identidad propia. Cabe recordar que estas identidades, sin embargo, no están necesariamente enraizadas en hechos empíricos, sino que han adquirido autonomía para reproducirse a sí mismas en el imaginario colectivo.

Cuando me aprestaba a iniciar el trabajo de campo en estos dos lugares, familiares, amigos, conocidos y otras personas que supieron lo que iba a hacer coincidieron en darme una misma recomendación (aunque muchos de ellos nunca habían estado en estas localidades): “sé cuidadoso en Varela que es muy peligroso”. Sin embargo, nadie me advirtió de los riesgos y peligrosidad de algunos barrios específicos de Lanús. Los antropólogos suelen estar habituados a este tipo de sugerencias y pasarlas por alto como simples comentarios derivados del exotismo que se acostumbra asociar a la antropología; sin embargo, tienen valor en sí mismas como manifestación de percepciones sobre la “otredad”. En este caso, a pesar de la heterogeneidad de situaciones que pueden encontrarse en ambas loca-

lidades (más evidente en Lanús), cada una de ellas fue presentada con una misma y única identidad.

Todos los jóvenes entrevistados conocían la otra localidad en la que yo estaba trabajando y tenían una opinión formada sobre ella; las experiencias de dos de ellos eran más cercanas, al haber vivido o tener familiares en ambos lugares. En sus entrevistas surgieron referencias a estas dos localidades, lo que puso nuevamente en evidencia la imagen pública de ambas.

¿Cómo cambió tu vida al mudarte de Varela a Lanús?

Y cambia por el vínculo de gente que uno hace. Porque en Varela o en Solano, yo me juntaba con gente que estaba en la droga por imposibilidad, por..., por muchos problemas sociales que había, y acá en Lanús los pibes que andaban en la droga tenían otros valores, me entendés. Es como que..., por ahí eran más nenes de mamá y lo hacían más por la cuestión de la moda, del salir, de los exámenes, de esto del otro..., o boludeces. Pero allá en Varela era como que los pibes lo hacían para sobrevivir muchas veces, entendés; había que colar 3 o 4 pastillas para poder salir a afanar, que te den las bolas para salir a afanar. Era como que allá había que bancársela..., era otra historia, otra historia. (Aníbal, 23 años, Lanús).

Donde vivíamos eran tres casas. La de adelante era la de mi tío, la del medio era nuestra, y la de atrás era de mi abuela. Mi tío también se peleó [con los padres] y se fue, pero se fue al Barrio Fresno [en Varela]. No, una pena que se haya ido. Te das cuenta con los chicos, con mis primos, las diferencias, enormes, en cómo eran ellos y cómo éramos nosotros. Diferencias enormes en el sentido del vocabulario, educación, todo. *¿Y vos se lo atribuí al barrio?* Totalmente. Totalmente, porque la más grande es más parecida a mí, porque ella se crió en la casa de San Pablo [Lanús] donde estábamos nosotros. En San Pablo, vive gente trabajadora, humilde, pero medianamente educada, o sea, no hay villas, no hay malandras... *¿Y con tus primos cuáles son las diferencias?* Desde el vocabulario, la música que escuchan..., es todo cumbia, yo cumbia no escucho por ejemplo, bailo algo pero tengo otra tendencia a la música..., son cosas tontas, pero bueno, que... Los amigos también. Los amigos allá andaban calzados como dicen ellos, con armas, yo acá no tengo un amigo así ni... ; recién conocí chicos que fumaban o tomaban a los 22 años, ya era grande, cuando ellos de chiquititos ya estaban con todo ese tipo de gente. (Vicky, 25, Lanús).

Esta oposición, asociada además con diferencias sociales y culturales entre grupos, es un ejemplo específico del mecanismo oposicional fundante de la construcción (social) de identidad. Esta distinción básica entre “nosotros y ellos” es reproducida a diferentes

⁷ Véase un análisis de estos impactos en Saraví (2002).

niveles. Como ya se indicó, a nivel macro —Gran Buenos Aires— Lanús es asociada con una “localidad de clase trabajadora” y Varela con un “gueto de pobreza urbana”; sin embargo, cuando nos introdujimos en estas comunidades, descubrimos que “no todos son iguales”, y tanto a nivel meso (localidad) y micro (el barrio) emergen nuevas distinciones entre “nosotros y ellos”. En cada nuevo contexto social (*locus*) este mecanismo oposicional es reproducido mediante la distinción de diferentes grupos sociales caracterizados por aspectos socioculturales contrastantes (valores, creencias, actitudes, comportamientos, normas). Así entonces, escuchamos que en Lanús también existen guetos de pobreza urbana y que en Florencio Varela hay sectores de clase trabajadora, e incluso que dentro de esos guetos no todos adhieren a las normas, valores y prácticas dominantes.

José, uno de los entrevistados en Lanús, al hablar sobre la situación de los jóvenes fue claro en marcar las diferencias entre un “nosotros”, al cual él pertenecía y que estaba constituido por el barrio, y un “ellos”, representado por la villa vecina, de la cual lo separaba una delgada (pero suficiente) línea de asfalto.⁸ Aquí la distinción social entre nosotros y ellos se superpone con una diferenciación espacial, pero incluso en la villa, en el mismo espacio geográfico, emergen distinciones sociales. En su entrevista, Antonio mostró un claro interés por diferenciarse de los demás jóvenes habitantes de la villa. Una situación similar encontramos en Florencio Varela, donde, a pesar de que los contrastes espaciales son menos evidentes, los jóvenes marcaron diferencias similares. Julia, por ejemplo, señaló su intención de mudarse a un barrio de trabajadores, donde debería estar su familia, en contraste con su actual barrio, el cual fue presentado con los atributos opuestos, es decir, como un barrio de no trabajadores.

Ya te digo, el 70% de los chicos acá si no se drogan roban. Porque esto es todo barrios bajos, viste, y los chicos de 21 años como yo, el 60 o 70% están tirados en una esquina tomándose una cerveza... Yo también tomo cerveza, pero te quiero decir que se están toman-

do una cerveza, se están drogando, andan robando, o pasás vos y te piden monedas. *¿Pero vos no vivís en ese barrio?* No, yo vivo para allá. Para allá ya es distinto, o sea es más barrio, más gente civilizada, de este lado hay pasillos... Es más como un asentamiento, para allá no, es más barrial, ya hay calles de asfalto, todo eso. Mirá, yo creo que esos chicos caen por una cuestión de que ya está en la mentalidad de ellos por la zona en donde viven, por la delincuencia que los rodea, es más, ahí mismo les están vendiendo la droga, entonces la tienen al alcance de la mano. (José, 21, Lanús.)

Los del barrio no son amigos, son conocidos más que nada. Porque no hay una amistad acá. Aparte no sé que tienen en la cabeza, yo tengo 21 años pero parezco ..., no sé, tengo la mentalidad de 40 o 50 años. *¿Sos como una excepción en el barrio?* No sé si a tal punto, pero una cosa así. *¿Por qué?* Y porque a mí no me gustan los quilombos. Acá no tienen comportamiento, una educación, no..., no saben comportarse, son de otra clase. Aparte mucha droga. Y bueno, si vos no querés estar en un círculo así, para no tentarte, lo mejor es evitarlos. (Antonio, 21, Lanús.)

No, yo espero estar mejor, en todo nivel. Por ejemplo toda la cuadra son familiares y no me gustaría llegar a... no es que yo diga bueno es un barrio feo porque tiene esto, o porque tiene lo otro, pero me gustaría cambiar, como progresar, salir aunque sea a un barrio de gente trabajadora; acá vos ves que en la esquina se juntan a vender droga, todas esas cosas y es feo. (Julia, 18, Varela.)

De este modo la distinción entre “nosotros y ellos” es asociada con atributos contrastantes, los cuales son objetivados en diferentes grupos de jóvenes. Estas categorías de identidad, sin embargo, son relativas y flexibles dependiendo del nivel en el que se trace el corte demarcatorio; es decir, un joven será parte de “nosotros” o de “ellos” dependiendo de cuál sea el grupo de referencia. Antonio, por ejemplo, pertenecerá a la “clase trabajadora” cuando se enfatiza su condición de lanusense, será miembro de un “gueto urbano” cuando se marca su pertenencia a una villa, y nuevamente pertenecerá a la “clase trabajadora” cuando se consideren las distinciones internas de la villa.

Los individuos, jóvenes en este caso, no sólo están conscientes de estas percepciones asociadas con su lugar de residencia, sino que sus vidas e interacciones cotidianas suelen verse afectadas por ellas. La carga identitaria que transportan los jóvenes como resultado de su ubicación social y espacial puede ser emocionalmente estimulante e incrementar un sentimiento de autoestima, pero, como señalan Elias y Scotson (1994), también puede convertirse en fuente de rechazo y

⁸ Prévôt-Schapira (2002) sostiene que la multiplicación de gradientes de espacios de pobreza urbana exacerban la necesidad de “distinción” entre “nosotros y ellos”; el miedo a la exclusión acentúa las lógicas de delimitación en zonas empobrecidas, en un intento por reafirmar que no se está en la misma situación que los otros. Así, sostiene esta autora, surgen nuevas fronteras que atraviesan los espacios de la periferia, separando a los pobres de los menos pobres, los villeros de los habitantes de asentamientos, los propietarios de los no propietarios, etc.

exclusión. La distinción entre “nosotros y ellos” es aquí al mismo tiempo una diferenciación jerárquica en términos de estatus social, en ocasiones implica un juicio ético acerca de lo que es y no es deseable en la sociedad, y siempre actúa como fuente de estigmas que condicionan las prácticas de unos y otros: “A los dos meses del accidente, conseguí otra mina... Después me peleé porque la madre sabía donde yo vivía ..., después se enteró que yo vivía acá. Era media ‘fifi’” ... y podrían agregarse infinidad de experiencias en que los estigmas vinculados al lugar de residencia disminuyen la “empleabilidad” de los jóvenes: “Cada vez que llenás una solicitud y ponés La Cava ... ya sabés que no te van a llamar”.⁹

El análisis presentado hasta aquí sobre las percepciones sociales acerca de diferentes espacios urbanos pretende resaltar no sólo el entrecruzamiento entre distinciones socioculturales y espaciales, sino el efecto de esta asociación sobre las vidas (oportunidades) de sus habitantes. El barrio representa una especie de firma atada de manera indeleble a ciertos atributos específicos en el imaginario social; uno es de un lugar que al igual que uno tiene un nombre, y éste puede gustarnos o no, haberlo elegido o no, pero debemos cargar con él. La asociación entre atributos socioculturales y espaciales se constituye así en un mecanismo de exclusión, abriendo o cerrando las oportunidades de obtener un empleo, interactuar con otros, acceder a ciertos consumos. Como señalan Sabatini, Cáceres y Cerda (2001) la estigmatización de los barrios y áreas donde se concentran los grupos pobres constituye una dimensión

central de la segregación residencial, y es uno de los nuevos aspectos que se agrega a la pobreza estructural, no sólo en las ciudades latinoamericanas, sino casi como un rasgo inherente a las ciudades contemporáneas. Los estigmas territoriales (Wacquant, 2001) son un aspecto fundamental de los procesos de exclusión social.

Yo estoy lleno de tatuajes, estoy todo escrito. Pienso que era una cuestión también del lugar donde yo vivía, que tenía que imponer un respeto, quien era yo. Era jodido. Yo me movía en ambientes jodidos. Yo me movía en un ambiente de pendejos que andaban en la droga, chorros,..., era la que me tocaba, estar en esa..., en ese lugar. *¿Ahora te gustaría sacarte los tatuajes?* Sí, sí. Porque uno tiene una presencia ante el mundo, tiene ‘una’. No puedo decir que la primera impresión es lo más importante, pero la primera impresión te cierra muchas puertas. Yo hay muchos laburos que no los puedo tener porque estoy lleno de tatuajes, ¿me entendés? Yo de manga corta no puedo laburar en ningún lado; y es un problema que hoy lo tengo yo. (Aníbal, 23, Lanús).

Esta homogeneidad exterior, sin embargo, se disipa cuando exploramos las comunidades desde su interior. Como mencionábamos en párrafos más arriba, en el interior del barrio se pueden encontrar nuevas diferenciaciones entre “nosotros y ellos”. Estas diferenciaciones y conflictos, derivadas de quién domina y cómo se domina el espacio público local, tienen consecuencias igualmente profundas en las vidas cotidianas de sus habitantes. Este es el tema que me propongo explorar en la próxima sección.

IV

Disputando el espacio público local

El “mundo de la calle” se ha convertido para los jóvenes de sectores populares en el espacio privilegiado de socialización (Kuasñosky y Szulik, 2000). La calle, incluyendo no sólo las veredas y esquinas del barrio, sino también las “placitas”, las “canchitas” de fútbol, los quioscos y tienditas en los que se vende cerveza, constituye para estos jóvenes uno de los principales ámbitos de sociabilidad, interacción y esparcimiento, a diferencia de lo que sucede con jóvenes provenien-

tes de otros sectores sociales. La apropiación diferenciada del espacio público por sectores sociales es una variable determinante a la hora de considerar la creciente importancia que adquiere la presencia de los jóvenes en el espacio público barrial en contextos urbanos de pobreza estructural.¹⁰

⁹ *Clarín*, 10 de enero de 1999, citado en Auyero (2001).

¹⁰ Esta presencia de los jóvenes en enclaves de pobreza estructural ha sido observada por distintos autores en diversos contextos nacionales, y en todos ellos aparece de manera similar el fuerte impacto que ejerce esta “cultura de la calle” sobre la atmósfera y dinámica de la vida cotidiana en la comunidad en su conjunto (Avery, 1987; Anderson, 1991; Auyero, 1993; Wacquant, 2001).

La fragmentación de las sociedades latinoamericanas y en particular de la argentina durante la década de 1990 se refleja en la estructura urbana y el espacio público. Como señala Makowski (2003, p. 96), “los espacios públicos se han fragmentado, convirtiéndose en compartimentos estancos en los que se reproduce la desconexión y el autismo social que tiene lugar en la propia experiencia urbana”. En el caso de los jóvenes esta apropiación diferenciada del espacio público se presenta con particular nitidez. Mientras que los “shoppings” o centros comerciales y otros espacios cerrados han sido ocupados por sectores de clases medias y altas (Ariovich, Parysow y Varela, 2000), para los jóvenes de sectores populares “la calle” aparece como el único espacio accesible, disponible para la conquista. Como veremos más adelante, en los sectores medios el proceso ha sido en sentido inverso, dándose en ellos una retirada de “la calle” que puede observarse en distintas esferas de la vida cotidiana.¹¹ Pero al mismo tiempo, diversos factores confluyen para que “la calle” represente para los jóvenes de sectores populares no sólo un espacio público más importante que para otros sectores sociales, sino el más importante como espacio de encuentro y sociabilidad. La exclusión de ámbitos de institucionalización de la transición a la adultez como la escuela y el mercado de trabajo, la discriminación social que marca espacios de pertenencia y no pertenencia, la pobreza de recursos que impide acceder al mercado, el hacinamiento y otras deficiencias de las viviendas sumadas a frecuentes ambientes familiares conflictivos que expulsan a los jóvenes de sus hogares, así como los aspectos de identidad asociados a la calle, son algunos de los factores que nos ayudan a entender lo importante que es la calle para los jóvenes residentes en enclaves de pobreza.

En los barrios estudiados el espacio público se caracteriza por el predominio de una cultura juvenil particular o “cultura de la calle”, definida por un conjunto específico de normas y valores, prácticas y comportamientos. Los jóvenes que controlan las esquinas de estos barrios en general no estudian, no trabajan (o lo hacen esporádicamente), pasan la mayor parte del tiempo juntos en la calle, conversando, peleando con otros, tomando alcohol y algunas drogas, y en ocasiones involucrándose en pequeñas actividades delictivas. Pedro y Diego cuentan en sus entrevistas lo que representa formar parte de esta cultura de la calle.

¹¹ La proliferación de “barrios cerrados”, “shoppings” y escuelas privadas es uno de los ejemplos paradigmáticos de este fenómeno.

A los 16 vivía todos los días en la esquina, durmiendo ahí con mi hermano. Me la pasaba vagueando. Y mirá..., ahí te parás en la esquina todo el día y le empezás a pedir plata a los vecinos y así estás todo el día y juntás... qué sé yo, para una damajuana, juntás para el faso, y estás todo el día ahí en la esquina y vas a comer a tu casa y te volvé a ir. Así estuve un par de años, como dos años... Y todos mis amigos eran así, éramos como 15, más los que venían de otro lado, de pasada, igual que nosotros de otro barrio iban a juntarse con nosotros. Pero eso sí, no salíamos ni a robar, ni nada yo y mis hermanos. Yo a veces le decía a mi vieja, decir que gracias a Dios no salimos a robar. No, yo todo el tiempo pensaba en mi mamá, yo pensaba en mi mamá, digo no, no puedo hacer esto, ya que soy borracho, soy drogadicto, lo único que falta es que sea ladrón y que me encuentre en un zanjón. (Pedro, 22, Varela).

Entonces ya se empezó a arruinar un poco el grupo, se empezaron a separar un poco los pibes, empezaron con la droga, así a robar...; yo también tuve problemas, entonces dije no, nunca más, me abrí. [...] Es por el barrio, el tipo de barrio que es. Está por ejemplo..., la generación anterior a nosotros, son pibes de 25 o 26 años, que cuando nosotros estábamos jugando a la pelota, esos pibes ya estaban tomando..., en el club ya estaban tomando cerveza, estaban fumando marihuana y..., tomando cocaína y esas cosas. Nosotros lo veíamos y nunca..., nunca le dimos bola, porque no teníamos conciencia de lo que hacían o de lo que era. Claro, porque el barrio ese..., ahí se vende droga y todo eso, pastillas, ácido..., es un shopping eso...; a la noche..., hay más vida nocturna que diurna, porque empiezan a aparecer autos, camiones, colectivos, de todo. Y bueno, fue así. Se empezó a meter uno, se empezó a meter otro, y otro, y otro y así, todos fuimos cayendo..., casi todos. (Diego, 21, Lanús).

El objetivo central de esta sección no es analizar las causas por las que emergió esa cultura de la calle, sino las consecuencias de ella en términos de ventajas o desventajas para los jóvenes del barrio y el conjunto de la comunidad. Sin embargo, dada la reemergencia de enfoques culturalistas en el análisis de procesos de exclusión social, cabe hacer dos observaciones al respecto.

En primer lugar, como se señala en Massey y Denton (1993), el problema con los enfoques culturalistas reside precisamente en que han olvidado la conexión entre las características culturales de determinados grupos y sus condiciones estructurales de inserción en la sociedad. Diversos estudios muestran que, ante situaciones de concentración y segregación de sectores en extrema pobreza y carencia de oportunidades, resulta difícil seguir las normas y valores promovidos

por la sociedad. Particularmente, los jóvenes sometidos a estas condiciones de restricción tienden a desarrollar un conjunto de normas, valores y prácticas percibidas como alternativas o desviadas, pero que sin embargo les permiten hacer frente a la frustración generada por el reconocimiento de lo inalcanzable de las metas avaladas socialmente (Merton, 1984).

En segundo lugar, esta relación entre ambas dimensiones debe analizarse en su contexto, considerando que las oportunidades son relativas al entorno social e histórico. En Ciudad de Guatemala, por ejemplo, Roberts (1973) observó que los pobres urbanos, a pesar de sus condiciones de extrema precariedad, se mostraban muy activos en la persecución de valores y metas socialmente hegemónicas, aprovechando pequeñas oportunidades de mejoramiento asociadas a las características del proceso de urbanización, como la invasión de tierras, la autoconstrucción de viviendas y el trabajo en actividades informales. En este sentido, las condiciones de extrema pobreza no se asocian necesariamente con la emergencia de normas, valores y prácticas particulares.

No es aventurado sugerir que en Argentina se experimenta en el transcurso de los últimos años un proceso de fragmentación socioespacial de las grandes ciudades. Uno de sus rasgos principales es que, en contraste con el pasado, los espacios urbanos con alta concentración de pobreza tienden a caracterizarse por una evidente exclusión de los canales tradicionales de ascenso social. Al igual que lo señalado por Roberts para el caso de Guatemala, las “villas” en Argentina, si bien estaban sumergidas en situaciones de múltiples carencias, se mostraban como espacios dinámicos en la persecución de mejores condiciones de vida. La legalización de la propiedad de la tierra, la organización comunitaria, la escuela pública, la obtención de un empleo formal, eran algunos de los canales que prometían una movilidad social ascendente. Puede decirse que esas expectativas de movilidad social entre generaciones (revalidadas en la experiencia cotidiana) fueron el principal mecanismo de integración social durante buena parte del siglo XX en Argentina. Sin embargo, las últimas décadas fueron testigos de la transformación no sólo de un modelo de desarrollo económico, sino también de los mecanismos tradicionales de movilidad social, hoy fuertemente cuestionados (también a partir de la experiencia cotidiana) particularmente entre las generaciones más jóvenes.

¿Pensás en el futuro? Sí, sí!!!, pero ni quiero pensar a veces, porque de repente como estoy yo digo “qué vas a hacer boludo”; a veces tengo como dos personas que me

digo “qué vas a hacer boludo, no tenés nada...”. O sea, no es que no tenés nada sino que cómo estás..., me da un poco de miedo. Y aparte como está la mano..., hablar de lo económico ya me pone patético, ni siquiera quiero a veces prender la tele..., cuando prendo la tele solamente pongo canales de música. (Seba, 23, Varela).

¿Qué hacías en todo el día? No, no, leía, sí me encerraba, sí miraba tele e iba alternando, leía, miraba tele, escuchaba música y así. ¿Ahora ya no? Sí, sigo hasta el día de hoy, pero ahora ya tengo más actividad, antes me encerraba, medio depresivo era lo mío. Por lo mismo que te digo, que no tenía laburo, no podía nada, no podía diagramar nada. Tampoco es una depresión ya es una forma de depresión, no es la literal que te tirás y te tirás al abandono, no, me quedo así pensando en los problemas... ¿En qué problemas? Ehhh, el futuro, como voy a... como me voy a mantener, qué sé yo el día de mañana quiero tener yo mi propia casa y cómo lo voy a conseguir, eso me preocupa. (Federico, 21, Lanús).

Este último aspecto es crucial en nuestro problema. No se trata simplemente de un desgaste de los mecanismos tradicionales de integración social perceptible para el observador externo, sino que los propios sujetos de este proceso pueden visualizarlo. Esto añade una dimensión subjetiva fundamental en todo proceso de exclusión social. Como señalaba Mills (2003, p. 30), “cuando la gente estima una tabla de valores y no advierte ninguna amenaza contra ellos, experimenta bienestar; cuando estima unos valores y advierte que están amenazados experimenta una crisis”. Los jóvenes perciben la amenaza de la exclusión. Como indican Kuasñosky y Szulik (2000, p. 58), luego de trabajar con un grupo similar de jóvenes, “la sociedad es vista como algo extraño a ellos, un ámbito al que no pertenecen”.

La ausencia de oportunidades y expectativas de movilidad social (lo cual puede traducirse como una situación de desafiliación o exclusión) genera entre los jóvenes no sólo sentimientos de incertidumbre y frustración, sino también una profunda crisis de autoestima e identidad. Durante este período de transición, que es clave en el curso de vida, la construcción del individuo como persona y ciudadano resulta cuestionada. Diversos estudios etnográficos¹² han mostrado que bajo estas condiciones y en contextos urbanos particulares, los jóvenes tienden a desarrollar sistemas de roles y estatus alternativos, los cuales además tienden a basarse en normas y valores que difieren sustancialmente de los promovidos por la sociedad.

¹² Fordham y Ogbu (1986), Elias y Scotson (1994) y Craine (1997).

En otro trabajo (Saraví, 2002) observábamos que la transición familiar —ya sea a través del matrimonio, las uniones consensuales o la maternidad— brinda a las mujeres jóvenes un mecanismo socialmente aceptado de adquirir un nuevo estatus o rol. El inicio de una nueva familia ofrece a las jóvenes nuevas actividades y responsabilidades, pero, lo que es más importante aún, les asigna una nueva identidad social como esposas, madres o amas de casa. Aquí sugerimos que de manera similar los jóvenes encuentran un sistema de estatus y roles en la calle, en el espacio público barrial. Este nuevo contexto, con normas y valores propios, funciona como un mecanismo de defensa y repliegue para los jóvenes: algunos de ellos encuentran en la cultura de la calle una fuente de prestigio, autoestima e identidad; otros, simplemente una ventana de escape a una realidad de exclusión.

Mayol (1999) señala que el barrio puede concebirse como un objeto de consumo del cual se apropia el usuario apoderándose del espacio público, imponiendo su propia ley al orden externo de la ciudad. En este sentido, en barrios con alta concentración de pobreza pero fundamentalmente caracterizados por una extendida ausencia (real y percibida) de oportunidades, los jóvenes se apropian del espacio público, construyendo un entorno que no recrimina el abandono de la escuela, el desempleo, el no hacer nada, el uso de drogas y alcohol, el robo y la violencia. La cultura de la calle, con sus propias normas y valores, da sustento y reafirma este conjunto de prácticas que contradicen al “deber ser”. En esta forma, las evidencias de la exclusión o desafiliación social son evadidas o resignificadas en el barrio, en el espacio público apropiado.¹³ Ante la percepción y experiencia de la exclusión, la sociedad exterior se convierte en una realidad amenazante. Con el control del espacio público local, los jóvenes responden construyendo un espacio interior de integración que, paradójicamente, será percibido por el exterior como fuente de amenaza, en un juego de espejos que acentúa los procesos de fragmentación y segregación urbana.

¿Qué hacías cuando estabas en la calle? Chupaba, andaba con amigos que andaban en la droga. Y bueno, ellos se drogaban y siempre me ofrecían pero yo nunca me drogué; estuve a punto pero nunca lo hice. Ese

grupo de amigos es como que yo iba y me olvidaba de los problemas. Y pienso que eso es lo que les afecta a los pibes, el de pensar que los problemas ya se fueron. (Ernesto, 25, Varela).

Los peores años [en el barrio] fueron los 1990s, hasta el '98. Por ejemplo, acá 4 años atrás cualquiera no pasaba; o sea, por la calle de mi casa cualquiera no pasaba. Los robaban, les pegaban. *¿Quiénes?* Personas que en este momento están presas o desaparecidas, no sé dónde están. *¿Eran pibes de tu edad?* De mi edad, más grandes, más chicos, de todo. *¿Y por qué había tanta violencia?* Porque eran muchos y estaban eufóricos. *¿Por drogas?* Por todo, y por creerse también..., por ignorancia también de creer que eran más [superiores], y al mismo tiempo sentirse discriminados, pero entre los suyos se sentían orgullosos de ser el mejor o..., bueno ese tipo de cosas. Yo jugaba a la pelota con ellos, pero siempre tuve en claro quiénes son mis amigos y... (Alberto, 23, Lanús).

La cultura de la calle, sin embargo, es dominante por su presencia en el espacio público barrial, pero no por una igual adherencia de todos sus habitantes jóvenes. Como señalábamos más arriba, en el barrio existen divisiones entre jóvenes: “nosotros y ellos”, “integrados y aislados”. La demarcación entre unos y otros es la participación e involucramiento en la cultura de la calle; así, los aislados son quienes no comparten las normas, valores y prácticas que caracterizan a la cultura juvenil dominante en el barrio; también llamados “giles” por los integrados, viven en el mismo barrio, y van a la escuela o trabajan, no consumen drogas, no se involucran en actividades violentas y/o delictivas. A pesar de las evidencias de la exclusión, los giles perseveran en los canales tradicionales de movilidad e integración social.

Y a veces es jodido vivir acá. Es decir, depende cómo te tome la gente, entendés, si te toman como ellos dicen ‘un gil’, la vivís mal. *¿Qué es un ‘gil’?* Un gil para ellos es uno que trabaja, que va al colegio, bueno, una cosa así. *¿Vos serías un gil?* Claro. Que no anda en..., que no tiene amistades así..., chabones que roban y esas cosas. (Antonio, 21, Lanús).

Si bien existe una relación de conflicto entre integrados y aislados, ambos manifiestan inseguridad respecto al patrón elegido. Los integrados suelen cuestionar la cultura de la calle fuera del espacio público del barrio. Esta inseguridad se pone de manifiesto cuando expresan su pretensión de “rescatarse”. Rescatarse significa hacer un viraje importante en sus vidas, abandonar la calle. En términos de prácticas,

¹³ La apropiación no es sólo simbólica sino también física. Ambas dimensiones de apropiación se encuentran íntimamente ligadas, lo cual se manifiesta claramente en el rechazo que produce la presencia de desconocidos o extraños en el barrio. La presencia de extraños no es sólo una ocupación del espacio, sino también la presencia simbólica del exterior (normas y valores).

significa dejar las drogas y el alcohol, volver a la escuela o buscar un trabajo, formar una familia; en términos simbólicos, rescatarse significa volverse un gil.

O sea, cuando me preguntan para qué estaba en la esquina, para qué paraba en la esquina y para qué me drogaba tanto, yo digo 'y bueno, para salir de la realidad', porque es la verdad. Es una excusa, en ese momento era una excusa. Es más para mí mismo era una excusa el parar en la esquina, era 'bueno, me voy a la esquina y estoy con los pibes, me tomo un par de vinos, me fumo un par de fajos' y estás re-colgado. Y bueno, te puede pegar el mambo de estar deprimido y te ponés peor, o te pega el mambo de no saber ni qué hacer. Pero la mayoría están con ganas de rescatarse y están esperando... Porque sabés, los pibes no son malos, viven en una burbuja. Se levantan, se fuman un fajo, y se la pasan todo el día escabiando, llega la noche y siguen escabiando hasta que no dan más y se van a dormir. Pero no son 'mocos', así mal, 'bardos'. (Lautaro, 18, Varela).

Los aislados muestran las mismas inseguridades, pero en sentido contrario. Las experiencias cotidianas, aunadas a la presión que ejerce la cultura de la calle, corroen la perseverancia que los define. La incertidumbre que mortifica diariamente a los aislados es plantearse si no son realmente giles.

Los chicos acá están perdidos ahora. Yo no sé, yo digo por el hambre, o por la droga. Más por la droga, porque dicen que como no tienen trabajo van a robar para comprarse una zapatilla de marca, unas Adidas. Pero se compran la ropa, todo, y a las 3 horas roban otra vez y ya tienen ropa, y van para la droga. Y así es. ¿Y por qué vos no estás en esa? Porque me da miedo; pienso 'si salgo a robar y me pegan un tiro?'. A mí a veces no me faltan ganas, tampoco, de ir a robar, pero no para ir a comprar un par de zapatillas, para estar bien, entendés, para ayudar más a mi familia, viste. Pero un día perdés, un día perdés, entendés. Una vez ya estuve preso yo. (Matías, 21, Lanús).

Yo no veía la escuela desde ese punto de vista, porque tenía muchos compañeros que no seguían la secundaria. O sea, con los chicos que me juntaba del barrio casi ninguno iba a la secundaria me entendés? Y mi vieja me decía, 'tenés que estudiar, tenés que estudiar', pero yo no la veía así, para mí era terminar la primaria y listo. Porque era como que yo estaba en un ambiente en el cual todos terminaban la primaria y ya está, después vamos a joder y vamos a divertirnos. (Andrés, 18, Varela).

La cultura de la calle ejerce una enorme presión sobre los aislados, y lo hace desde diferentes frentes.

Sus vidas cotidianas están permanentemente afectadas por esta condición. En primer lugar, como vimos en párrafos anteriores, la sola presencia de la cultura de la calle representa la existencia de otra vía, la oferta de una alternativa a la espera de la desilusión y la desesperanza. Vivir en ese entorno no es sencillo, y los aislados responden con una combinación de aislamiento y confrontación. Estas respuestas, sin embargo, se transforman en nuevos problemas para ellos mismos y para la comunidad en su conjunto.

En sus estudios sobre los guetos afroamericanos de Chicago, Wilson (1987 y 1996) observa un proceso de migración selectiva por clases (*class-selective migration*): las familias negras de clase media abandonan estas comunidades para escapar a un entorno que exhibe falta de oportunidades, concentración de la pobreza, violencia, consumo de drogas y otros rasgos similares. Como es de esperar, el resultado es un círculo vicioso de creciente concentración de la pobreza y las desventajas. En los barrios estudiados en Varela y Lanús, varios de los jóvenes definidos como giles manifestaron sus deseos de emigrar. Diego, por ejemplo, cuando se decidió a "rescatarse" después de un problema de drogas, abandonó el barrio y se mudó a la casa de sus abuelos. De manera similar, Mauro contó sus deseos de poder estudiar en un colegio internado para evitar las influencias de su barrio.

Después me vine a vivir de vuelta a la casa de mi abuela. Porque ya no es lo mismo, estar ahí en ese barrio, porque ya ahora no es como cuando yo era chico que se jugaba a la pelota, se jugaba a la escondida..., ahora no, ahora los pibes lo único que hacen es drogarse, drogarse y robar, y eso. Entonces ya..., como a mí no me gusta andar así... Que hagan su vida, pero estar así entre ellos ya no porque si se mandan un moco grande después viene la policía y no mira a quién. Todavía tengo amigos ahí, lo que pasa es que no tengo tanto contacto con ellos porque ellos trabajan y otros.... [quiere decir que roban], y a los demás ya no les doy cabida. ¿Por qué vos no seguiste el mismo camino que ellos? Seguirlo lo seguí, lo que pasa es que después me rescaté un poco, además tuve problemas con la droga y... y dije 'listo, ya fue, ya fue' y me vine para lo de mi abuela. (Diego, 21, Lanús).

Quiero anotarme en esa escuela porque ahí tenés que estar de lunes a viernes y salís los fines de semana, como para probar... porque yo sé que puedo y mucha gente me dijo que yo puedo hacer lo que yo quiera. Yo quiero estudiar. Profesoras me dijeron que yo si quería lo iba a hacer, todos me dijeron igual, que a mí me jode la vagancia. Claro, tengo que estar sí o sí ahí adentro o hasta el fin de semana, bueno después el fin

de semana salgo, fumo con los vagos, salimos a bailar todo, un pedito puede ser, mamarnos por ahí y después llega el domingo, bueno ya estoy durmiendo hasta las 4 y pico de la tarde y después me vuelvo otra vez. (Mauro, 17, Varela).

Más frecuente, sin embargo, es un proceso de aislamiento dentro del propio barrio. Los jóvenes no integrados a la cultura de la calle de su barrio se retiran del espacio público. No hacen amigos en el barrio, evitan ciertas calles y esquinas, disminuyen sus relaciones con los vecinos, tratan de asistir a escuelas privadas u otras fuera de la comunidad. Entre las principales consecuencias de esta estrategia de retiro y aislamiento de los aislados se cuentan: por un lado, una mayor presencia de los integrados en el espacio público barrial, con lo cual sus normas, valores, y prácticas tienden a consolidarse aún más como dominantes; por otro, una pérdida de capital social comunitario, es decir, se debilitan las relaciones entre vecinos, disminuye la interacción entre grupos diferentes, los modelos alternativos a los de la cultura de la calle se hacen menos visibles, y el temor, la inseguridad y la desconfianza se extienden en la comunidad. De esta manera, la comunidad no sólo se aísla de la sociedad global, sino que comienza a padecer una creciente fragmentación interna.

¿Tenés amigos del barrio? No, porque es como que cada uno se ocupa de su casa, de su familia. Aparte no hay muchos chicos así de mi edad..., bueno, hay, pero son así adictos, van en mal camino digamos. Se juntan mucho en la esquina de mi casa, en la palmera. Se juntan a tomar, a drogarse, a hacer quilombo. (Martita, 19, Varela).

No, mis amigos son del colegio [privado], no, con los del barrio yo no me junto. Cuando era más pibe me juntaba, jugaba al fútbol, pero después ya no. Porque..., bueno, estos chicos no hacen nada, o sea, nada, es una vagancia total. Además las malas juntas..., se quedan a tomar cerveza en la esquina toda la noche. No es una buena junta para amigos. No sé, son otra clase de gente, porque no les interesaba mucho el colegio; por ejemplo, los pibes esos que están en mi barrio ninguno estudia, ninguno hace nada. Yo siempre los veo que van a jugar a la cancha, de la cancha al almacén de enfrente de mi casa a tomar cerveza y jugar al metegol, y siguen ahí en la esquina tomando cerveza. (Daniel, 18, Varela).

En un barrio el aislamiento tiene sus límites; “un individuo que nace o se instala en un barrio está obligado a darse cuenta de su entorno social, a insertarse

para poder vivir en él” (Mayol, 1999, p. 14). Literalmente, para los aislados o “giles” (principalmente jóvenes varones) vivir en el barrio no es una experiencia sencilla. Ellos son doblemente castigados y excluidos, por la sociedad y por su barrio, y sufren una fuerte presión en ambas direcciones. Si quieren sobrevivir en el barrio deben adoptar y usar normas y prácticas de la cultura de la calle para enfrentar a los integrados, pero al mismo tiempo deben resistir la oposición de la cultura de la calle y los obstáculos de sus carencias y desventajas para sostener y perseguir los valores, normas y prácticas que promueve la sociedad. La experiencia de Alberto, quien hoy persiste y persevera en su intento por obtener un título universitario, refleja estas múltiples presiones a las que son sometidos los aislados.

Me sentía afectado también. Porque yo no..., no tenía la misma mentalidad que ellos y se me presentaba..., me venía la violencia y yo no puedo hacer que ellos entren en mi pensamiento, no les puedo explicar, entonces tengo que hacer lo mismo que hacen ellos para sobrevivir. *¿Qué quiere decir que se te venía la violencia?* Y que te aparecía alguien que te quería pegar o cualquier cosa y yo tenía que responder tratando de evitarlo, pero llegaba un punto que no se podía hablar más y tenía que responder de la misma forma porque ellos no iban a llegar a pensar lo mismo que yo. *Si te peleaban, ¿vos peleabas?* Claro. *¿Y por qué te peleaban?* Por tonterías. Porque me veían así que yo estudiaba, que yo no era lo mismo que ellos, entonces me querían probar, una cosa así. *¿Y qué te decían?* No, que me decían no, que me tiraban. Cuántas veces me habrán tirado grasa, piedras..., Algunas veces cuando los podía evitar, los evitaba, hacía que no me daba cuenta. Pero cuando yo tenía la seguridad que ellos sabían que yo estaba atento a lo que pasaba, entonces tenía que responder de alguna forma porque así se mueve la cosa..., así esto. (Alberto, 23, Lanús).

La comunidad padece en múltiples formas la violencia asociada con la cultura de la calle y dominante en el espacio público del barrio. Como señala Auyero (2001, p. 16): “Hoy, en democracia, los habitantes de las villas no tienen miedo de los militares, sino de sus propios vecinos, sobre todo de los más jóvenes”. Los robos perpetrados por los propios vecinos, el cobro de “peaje” en ciertos accesos del barrio, las peleas entre bandas de jóvenes, y la violencia indiscriminada constituyen experiencias cotidianas.

Sí, acá la mayoría, acá de este barrio, vos preguntás y te dicen: no, no te conviene meterte porque es como

que te metés en la boca del lobo. No..., es muy jodido acá, va por lo menos en mi barrio, acá es jodido. (Martita, 19, Varela).¹⁴

La cultura de la calle surge como un mecanismo de defensa ante la crisis, ante la evidencia de la exclusión. Sin embargo, como señala Massey en la cita reproducida al inicio de este trabajo, se convierte al

mismo tiempo en un factor perjudicial para la sociedad en su conjunto y destructivo para los propios sujetos de este proceso. El análisis previo sugiere que el espacio público dominado por esta cultura de la calle representa un eslabón más en una cadena de desventajas y tiene efectos diferentes pero igualmente profundos sobre los integrados, los aislados y la comunidad en su conjunto.

V

Conclusión

El espacio público en barrios de pobreza estructural fue promovido durante mucho tiempo (y aún lo sigue siendo) por especialistas en el combate contra la pobreza y en particular por organismos internacionales, en calidad de potencial activo de los pobres. Como ámbito de encuentro, interacción y diálogo, el espacio público suele asociarse con la participación comunitaria, la gestación de acciones colectivas, la promoción de relaciones de solidaridad y cooperación. Aunque no siempre de manera explícita, el espacio público es considerado el esqueleto del capital social comunitario. En este artículo he tratado de mostrar que esto no es siempre así, y que antes que un activo dicho espacio puede incluso ser un pasivo. Uno de los nuevos atributos, o mejor dicho, una de las nuevas desventajas de la pobreza estructural, que además le da a este fenómeno un carácter totalmente nuevo, se asocia con las características que adquiere el espacio público en estas comunidades. Como señala Borja (2003, p. 60), "la pobreza del espacio público los hace aún más pobres".

En un trabajo reciente, Sabatini, Cáceres y Cerda (2001) mencionan con absoluta claridad dos aspectos vinculados a la segregación residencial que complementan la importancia dada en este artículo al rol del espacio público: la dimensión subjetiva de la segregación residencial como uno de los atributos más importantes de ella, y la malignidad de la segregación residencial en las ciudades latinoamericanas como una de sus nuevas características. Al primero de estos aspectos

los autores mencionados lo definen como la percepción subjetiva que los pobres tienen de la segregación "objetiva". Sería conveniente, sin embargo, extenderlo no sólo al reconocimiento de la propia segregación, sino al reconocimiento de la ausencia de oportunidades, al sentimiento de no pertenencia, a una intuición de la exclusión. El segundo aspecto, la malignidad, se refiere a la asociación creciente entre la segregación residencial y síntomas de "desintegración social" que para los autores citados incluyen indicadores como la inacción juvenil, la deserción o retraso escolar y los embarazos adolescentes, a los que además podrían agregarse la violencia, las actividades delictivas, la inseguridad y el consumo de drogas y alcohol, entre otras cosas. Como vemos, la malignidad de la segregación residencial guarda relación con las normas, valores, prácticas y comportamientos que definen la cultura de la calle de los barrios de pobreza estructural estudiados, y con los estigmas que pesan sobre algunos de estos barrios o espacios urbanos y que son predominantes en el imaginario colectivo. Se podría definir la malignidad como la dimensión cultural de la segregación.

Cabe sugerir que el espacio público barrial constituye el eslabón que asocia la dimensión subjetiva y la dimensión cultural de la segregación.¹⁵ El barrio es espacio de tránsito entre la esfera privada y la esfera pública, espacio intermedio de privatización de lo público en el que los individuos reconstruyen a su modo una parte del mundo exterior. En este sentido, el espacio público barrial, así apropiado, permite reducir la extrañeza o la amenaza del mundo exterior.

¹⁴ Pocas semanas después de esta entrevista, Martita fue víctima de una violación a pocas cuadras de su casa, sumándose a una lista de jóvenes que habían padecido una agresión de esta índole en el mismo barrio.

¹⁵ Sería correcto decir también que constituye el factor que permite entender la relación entre ambas dimensiones.

Es en el espacio público del barrio donde, a partir de la dimensión subjetiva, la segregación urbana comienza a adquirir una dimensión cultural. La cultura de la calle surge como una resultante de la experiencia y la percepción de la exclusión. Los jóvenes construyen en este espacio público privatizado o apropiado un entorno con normas, valores, prácticas y comportamientos que les permite enfrentar o evadir la frustración y exclusión que les ofrece el mundo exterior.

La dimensión cultural de la segregación (también llamada efecto gueto), cuyo *locus* es el espacio público barrial, constituye uno de los atributos principales que dan a la pobreza estructural un nuevo carácter. Estudios en Estados Unidos y Europa han asociado a esta nueva pobreza el concepto de *underclass*. ¿Es posible que las transformaciones en la estructura social de Argentina (en Buenos Aires y tal vez en muchas otras ciudades latinoamericanas) sean tan profundas como para que se esté asistiendo al surgimiento de una nueva pobreza estructural? Como ha señalado MacDonald (1997), un proceso de ese tipo no puede percibirse en el transcurso de una sola generación. Sin embargo, se observan algunas tendencias que muestran una creciente vulnerabilidad y riesgo de exclusión de sectores específicos de la sociedad. En este artículo he intentado destacar que entre los factores de riesgo se

hallan las transformaciones asociadas con el espacio público del barrio en enclaves de pobreza estructural. Dos aspectos merecen destacarse al respecto.

Como hemos visto en secciones anteriores, la apropiación del espacio público barrial no está exenta de conflictos. El dominio del espacio público genera inmediatamente una frontera entre “nosotros y ellos”, entre integrados y aislados. De aquí se derivan dos observaciones que conviene retomar en estas conclusiones. En primer lugar, la homogeneidad que se percibe en el espacio público es siempre falsa o aparente. En el caso estudiado, un análisis profundo de las relaciones al interior de la comunidad permitió encontrar las divisiones antes mencionadas entre integrados y aislados. Ambos grupos padecen en forma diferente las desventajas del barrio, de la cultura de la calle. Sin embargo, la presencia de aislados o “giles” representa aún un recurso (potencial) para que la comunidad transforme el espacio público. En segundo lugar, es sin embargo sobre esta falsa homogeneidad (entre otros aspectos) que se construyen los prejuicios y estigmas territoriales. Así, el espacio público, y más concretamente la cultura de la calle, deja de ser un mecanismo de defensa producto de la exclusión para convertirse en un poderoso factor de exclusión para la comunidad en su conjunto.

Bibliografía

- Anderson, E. (1991): Neighborhood effects on teenage pregnancy, en C. Jencks y P. Peterson (comps.), *The Urban Underclass*, Washington, D.C., The Brookings Institution.
- Ariovich, L., J. Parysow y A. Varela (2000): Juegos en el shopping center, en M. Margulis (comp.), *La juventud es más que una palabra*, Buenos Aires, Biblos.
- Auyero, J. (1993): *Otra vez en la vía. Notas e interrogantes sobre la juventud de sectores populares*, Buenos Aires, Espacio Editorial.
- _____ (2001): Introducción. Claves para pensar la marginación, en L. Wacquant, *Parias urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio*, Buenos Aires, Manantial.
- Avery, D. (1987): *Civilisations de La Courneuve. Images brisées d'une cité*, París, L'Harmattan.
- Bhalla, A. y F. Lapeyre (1999): *Poverty and Exclusion in a Global World*, Nueva York, St. Martin's Press.
- Borja, J. (2003): La ciudad es el espacio público, en P. Ramírez Kuri (coord.), *Espacio público y reconstrucción de ciudadanía*, México, D.F., Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO)/Editorial Porrúa.
- Castel, R. (1999): Vulnerabilidad social, exclusión: la degradación de la condición salarial, en J. Carpio e I. Novacovsky (comps.), *De igual a igual. El desafío del Estado ante los nuevos problemas*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica (FCE).
- Craine, S. (1997): The 'black magic roundabout': cyclical transitions, social exclusion and alternative careers, en R. MacDonald (comp.), *Youth, Underclass, and Social Exclusion*, Londres, Routledge.
- Elias, N. y J. Scotson (1994): *The Established and the Outsiders*, Londres, Sage Publications.
- Fordham, S. y J. Ogbu (1986): Black students' school success: coping with the burden of acting white, *The Urban Review*, vol. 18, N° 3, Amsterdam, Kluwer Academic Publishers.
- Freie, J. (1998): *Counterfeit Community. The Exploitation of Our Longings for Connectedness*, Lanham, Rowman/Littlefield Publishers.
- Jencks, C. y P. Peterson (1991) (comps.): *The Urban Underclass*, Washington, D.C., The Brookings Institution.
- Kasarda, J. y M. Janowitz (1974): Community attachment in mass society, *American Sociological Review*, vol. 39, Pennsylvania, University of Pennsylvania.
- Kaztman, R. (2001): Seducidos y abandonados: el aislamiento social de los pobres urbanos, *Revista de la CEPAL*, N° 75, LC/G.2150-P, Santiago de Chile, diciembre.
- Kessler, G. (2000): Redefinición del mundo social en tiempos de cambio. Una tipología para la experiencia de empobrecimiento, en M. Svampa (comp.), *Desde abajo. La transformación de las identidades sociales*, Buenos Aires, Biblos.
- Kuasñosky, S. y D. Szulik (2000): Desde los márgenes de la juventud, en M. Margulis (comp.), *La juventud es más que una palabra*, Buenos Aires, Biblos.

- MacDonald, R. (1997): Youth, social exclusion at the millennium, en R. MacDonald (comp), *Youth, Underclass, and Social Exclusion*, Londres, Routledge.
- Makowski, S. (2003): Alteridad, exclusión y ciudadanía. Notas para una reescritura del espacio público, en P. Ramírez Kuri (coord.), *Espacio público y reconstrucción de ciudadanía*, México, D.F., Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO)/Editorial Porrúa.
- Massey, D. (1996): The age of extremes: concentrated affluence and poverty in the twenty-first century, *Demography*, vol. 33, N° 4, Silver Spring, Population Association of America.
- Massey, D. y N. Denton (1993): *American Apartheid. Segregation and the Making of the Underclass*, Cambridge, Harvard University Press.
- Mayol, P. (1999): Habitar, en M. De Certeau, L. Giard, y P. Mayol, *La invención de lo cotidiano*, México, D.F., Universidad Iberoamericana/Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO).
- Merton, R.K. (1984): *Teoría y estructura social*, México, D.F., Fondo de Cultura Económica.
- Mills, W. (2003): *La imaginación sociológica*, México, D.F., Fondo de Cultura Económica. Publicado originalmente en 1959.
- Minujin, A. (comp.) (1992): *Cuesta abajo: los nuevos pobres. Efectos de la crisis en la sociedad argentina*, Buenos Aires, Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF).
- Minujin, A. y G. Kessler (1995): *La nueva pobreza en Argentina*, Buenos Aires, Planeta.
- Minujin, A. y N. López (1994): *Nueva pobreza y exclusión: el caso argentino*, Nueva Sociedad, N° 131, Caracas, mayo-junio.
- Musterd, S. y W. Ostendorf (1998): Segregation, polarization and social exclusion in metropolitan areas, en S. Musterd y W. Ostendorf (comps.), *Urban Segregation and the Welfare State: Inequality and Exclusion in Western Cities*, Londres, Routledge.
- Paugam, S. (1995): The spiral of precariousness: a multidimensional approach to the process of social disqualification in France, en G. Room (comp.), *Beyond the Threshold: The Measurement and Analysis of Social Exclusion*, Bristol, The Policy Press.
- Prévôt-Schapiro, M. (2001): Fragmentación espacial y social: conceptos y realidades, *Perfiles latinoamericanos*, vol. 10, N° 19, México, D.F., Sede Académica de México de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO).
- _____ (2002): Buenos Aires en los años '90: metropolización y desigualdades, *EURE*, vol. 28, N° 85, Santiago de Chile, Pontificia Universidad Católica de Chile.
- Rabotnikof, N. (2003): Introducción: pensar lo público desde la ciudad, en P. Ramírez Kuri (coord.), *Espacio público y reconstrucción de ciudadanía*, México, D.F., Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO)/Editorial Porrúa.
- Roberts, B. (1973): *Organizing Strangers. Poor Families in Guatemala City*, Austin, The University of Texas Press.
- Room, G. (1995): Poverty and social exclusion: The new European agenda for policy and research, en G. Room (comp.), *Beyond the Threshold: The Measurement and Analysis of Social Exclusion*, Bristol, The Policy Press.
- Sabatini, F., G. Cáceres, y J. Cerda (2001): Segregación residencial en las principales ciudades chilenas: tendencias de las tres últimas décadas y posibles cursos de acción, *EURE*, vol. 27, N° 82, Santiago de Chile, Pontificia Universidad Católica de Chile.
- Sampson, R. (2001): Crime and public safety: insights from community-level perspectives on social capital, en S. Saegert, P. Thompson y M. Warren (comps.), *Social Capital and Poor Communities*, Nueva York, Russell Sage Foundation.
- Saraví, G. (2002): *Youth and Social Vulnerability: Becoming Adult in Contemporary Argentina*, tesis doctoral en sociología, Universidad de Texas en Austin, www.utexas.edu/cola/llilas/centers/claspo/Dissertation_GonzaloSaravi.pdf.
- Sen, A. (1981): *Poverty and Famines: An Essay on Entitlements and Deprivation*, Oxford, Oxford University Press.
- _____ (1983): Poor, relatively speaking, *Oxford Economic Papers*, vol. 35, Oxford, Oxford University Press.
- _____ (1995): *Inequality Reexamined*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press.
- Wacquant, L. (2001): *Parias urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio*, Buenos Aires, Manantial.
- Wilson, W.J. (1987): *The Truly Disadvantaged: The Inner City, the Underclass, and Public Policy*, Chicago, University of Chicago Press.
- _____ (1996): *When Work Disappears: The World of the New Urban Poor*, Nueva York, Knopf.